

nas pudieron contener el hervor de las conciencias sobre las que se agitaban los vapores revolucionarios.

Cuando D. Leandro Fernández Moratín quiso trazar la sátira de la literatura de su tiempo, se vió obligado a colocar la escena en un café; y el mozo de ese café, el celebérrimo *Pipi*, fué el dictaminador y el exponente de los temas...

Alcalá Galiano, el orador prodigioso, había nacido en las disertaciones de un café de la Puerta del Sol.

Y de allí subió, engrandeciéndose, hasta ser lo que entonces más valía: desterrado y luego Ministro. El murió de un disgusto producido por la violencia dictatorial.

El Conde de Toreno, aquel asturiano fervoroso, continuó en la pelea por la patria, dijo de esos clubs: «Son las reuniones de los patriotas y de los antipatriotas, fenómenos extraordinarios de un pueblo que quiere ser y no puede ser, porque se siente cercado de peligros... Discurren los ilustres sin ambiente. Y habiendo muchos que puedan decir cosas útiles, faltan el recinto y el auditorio.»

Cientos de notas palpitan bajo mis manos al preparar esta disertación... Ellas coinciden con el concepto común de la tristeza. Españoles, ciudadanos, víctimas de la persecución, alentados propagandistas de la novedad... Ellos pasaron en larga serie, sobre la que a veces resonaban los estampidos de los fusileros, iluminando con el resplandor terrible los sacrificios inútiles... Entonces se moría por una idea... Ahora lo que ha muerto definitivamente es la idea, la idea nacional salvadora.